

“Siervos de la morada de Dios y amigos que moran en la presencia de Dios”.
Homilía: Misa de ordenación al diaconado transitorio
Iglesia de San Pío X, Redwood City
8 de agosto de 2020

Introducción

Si supieran que van a morir y pudieran dejar una sola instrucción al mundo, ¿cuál sería? Sabemos lo que sería para Nuestro Señor. El pasaje del evangelio que escuchamos es un segmento de su discurso de despedida que dio a sus apóstoles la noche antes de morir. Y escuchamos lo que su instrucción de muerte es para nosotros: “Éste es mi mandamiento: que se amen unos a otros”.

Ser amigos

No podría ser más enfático que aquí; está dando el mandamiento supremo. Y es un mandamiento que Él mismo cumple: amarse mutuamente hasta el punto de dar su propia vida. Él lo hizo primero, y ahora instruye a sus seguidores a hacer lo mismo. Pero Él lleva este amor a un nuevo nivel. También dice aquí: “Ya no los llamo sirvientes, a ustedes los he llamado amigos”.

Ya es una gran cosa ser un sirviente, o esclavo, de Dios; de hecho, es un título de honor en la Biblia. Podemos pensar en el cuadro de honor de aquellos a quienes la Biblia llama “siervos de Dios”: Moisés, Josué, David, Pablo, Santiago. Y aún hoy en la Iglesia, en ese proceso hacia la beatificación, cuando se reconoce que uno ha tenido virtudes heroicas y es declarado venerable, la persona obtiene el título de “siervo de Dios”. Así que eso ya es algo muy grande, pero ahora Jesús presenta algo aún más grande. Y podemos ver aquí, con Él que los llama “amigos” y con la conexión entre el amor y la amistad, cuán profundo es ese amor de

amistad: “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos”. Esta exhortación a amar se repite a lo largo de estos pocos versos.

Luego dice: “Ustedes son mis amigos, si hacen lo que yo les mando”. Él nos amó primero, y su amor hace que el cristiano sea amado. Así, la idea es que la obediencia al mandato de Cristo fluye naturalmente de ser amados por Él. No nos hacemos sus amigos por nuestros esfuerzos, pero mostramos que somos sus amigos amándonos como Él nos ha amado. Si no amamos como Él, perdemos la amistad con Él. Así es como Nuestro Señor hace que este amor de amistad no sea algo puramente horizontal, una especie de afecto entre personas, sino un amor que comienza con Él y fluye de Él y se devuelve a Él a través de nuestro amor mutuo.

¿Cuál es la actividad característica de la amistad? Bueno, lo primero que me viene a la mente es que los amigos siempre quieren pasar tiempo juntos. Queremos disfrutar de la compañía de nuestros amigos. Vemos este afecto de la amistad reflejado en la oración del salmista que rezamos en la misa de hoy: “Felices los que habitan en tu casa, Señor”. Este salmo nos habla de la importancia de la casa de Dios, la dulzura de habitar en su lugar sagrado, de pasar tiempo allí, saboreando la presencia de Dios.

El nombramiento de los levitas

Para los diáconos, esto significa algo más. Vemos esto prefigurado en el Antiguo Testamento, que habla de los levitas, la prefiguración en el Antiguo Testamento de lo que se convirtió en el orden de los diáconos, que a menudo son llamados “levitas” en el lenguaje de nuestra tradición litúrgica. ¿Cuál era el papel de los levitas? El libro de los Números nos dice: “Guardarán todo el ajuar de la tienda del encuentro y harán la guardia en lugar de los israelitas y desempeñarán las tareas del santuario”. Los levitas debían cuidar la casa de Dios, preservándola

como un lugar sagrado. Los diáconos de la Nueva Alianza son los descendientes de estos levitas originales. La Oración de Ordenación recuerda ante Dios que “Como un día elegiste a los *levitas* para servir en el primitivo tabernáculo, así ahora has establecido tres órdenes de ministros encargados de tu servicio. Así también, en los comienzos de la Iglesia, los apóstoles de tu Hijo, movidos por el Espíritu Santo, eligieron, como auxiliares suyos en el ministerio cotidiano, a siete varones acreditados ante el pueblo”. El papel del diácono siempre ha estado marcado por el hecho de que se le ha confiado la administración temporal de los bienes de la Iglesia. Lo temporal y lo sagrado se encuentran especialmente en la casa de Dios, su morada. Por lo tanto, el celo por la santidad de la casa de Dios es lo que caracteriza la vida del diácono.

Fíjense que la fórmula de la ordenación [en inglés] le habla a Dios de cómo “los Apóstoles de tu Hijo *destinaron* siete hombres” (“Your Son’s Apostles *appointed* seven men”). Utiliza la palabra “appointed” (designados, destinados). [Archbishop, I had to make this change here as the Ordination formula in Spanish is not exactly the same as the one in English]. Ya tenemos esta palabra en el Discurso de Despedida, cuando Nuestro Señor dice: “No me eligieron ustedes a mí; yo los elegí a ustedes y los *destiné* para que vayan y den fruto, un fruto que permanezca”. Este verbo “appoint” (designar, destinar) [Archbishop, I had to make this change here as the Ordination formula in Spanish is not exactly the same as the one in English]. es el mismo verbo que “entregar”, usado antes en esta sección del evangelio de Juan. Así, vemos la conexión entre la comisión, el envío, de los discípulos y el ejemplo de amor que Jesús les dio al *entregar* su vida. Se hace bastante evidente: su misión es hacer por los demás lo que Él ha hecho por ellos. Por lo tanto, existe este aspecto de ir y dar frutos. Hay que disfrutar de la presencia de Dios en la casa de Dios, pero también salir a dar fruto.

Esta palabra “appoint” (designar, destinar) [Archbishop, I had to make this change here as the Ordination formula in Spanish is not exactly the same as the one in English]. también se usa en el Antiguo Testamento en los pasajes que tienen que ver con la comisión y la ordenación. Y, de nuevo, Jesús lo hace primero y nos da un ejemplo. Recordemos el discurso de Pedro en los Hechos de los Apóstoles, donde dice que “nos encargó predicar al pueblo y atestiguar que Dios lo ha *nombrado* juez de vivos y muertos”. [Archbishop, you may want to change this, as the Spanish version I am using doesn't use the same verb]. Jesús es el *designado*. Él es el quien *entregó* su vida. Y así Él ahora juzga a los vivos y a los muertos.

La morada de Dios

Jesús nos dijo que Él habita entre nosotros como alguien que sirve y que no vino a ser servido sino a servir. Por lo tanto, cuando nos hacemos amigos de Nuestro Señor, no dejamos de ser sirvientes; somos sirvientes y amigos. Los cristianos siempre se han considerado a sí mismos como sirvientes. Nos dirigimos a Jesús como “Señor”, lo que implica que somos sus sirvientes. Así que, en el pensamiento del Nuevo Testamento, el cristiano sigue siendo un sirviente desde el punto de vista del servicio que debe prestar. Pero desde el punto de vista de la intimidad con Dios, es más que un sirviente, es un amigo; está al tanto de esta íntima relación con Dios que Nuestro Señor nos ha abierto.

Los amigos quieren estar en presencia del otro, pero también quieren compartir su amistad con los demás. Cuando tienes a alguien como amigo, alguien realmente especial, realmente importante, una persona realmente genial, quieres compartir eso con los demás. De esta manera, los diáconos son llamados, a través del testimonio de su servicio, a ser embajadores públicamente designados por la Iglesia y a compartir ese amor de Jesús con los demás. Además

de los amigos que quieren pasar tiempo juntos y compartir compañía, la amistad también se caracteriza por la lealtad, ser fiel a los amigos en las buenas y en las malas. Tal vez hemos perdido esto en nuestra idea contemporánea de la amistad, pero esto es lo que significa ser un amigo del Señor: disfrutar del tiempo que pasan en su compañía y querer llevárselo a los demás.

Queridos hijos, su ordenación diaconal hoy adquiere un significado aún mayor, ya que se lleva a cabo, si Dios quiere, en vista de vuestra eventual configuración con Cristo el Sumo Sacerdote. Como tal, estarán más ligados al servicio de la morada de Dios, particularmente a su altar. Esto requiere de ustedes la renuncia a cualquier actividad que busque un fin exclusivamente profano para que se dediquen más intensamente al servicio de lo sagrado. La ordenación sacerdotal significará para ustedes no una promoción, sino el cumplimiento de la vocación que Dios ya ha plantado en su corazón. Es decir, el sacerdote no deja de ser un sirviente, sino que por el contrario, se convierte en un sirviente en un sentido más completo porque su carácter sacerdotal lo califica para que se le confíe el cuidado completo de las almas.

Este es el propósito de la promesa de celibato a la que se comprometerán al recibir hoy la ordenación diaconal. Quiero aprovechar esta oportunidad para agradecerles por responder al llamado de Dios y perseverar hasta este punto, y rezamos para que la gracia de Dios continúe acompañándolos mientras le sirven. También quiero aprovechar esta oportunidad para agradecer a todos aquellos que han tenido un papel tan importante en su formación, este viaje al sacerdocio, muy especialmente a los profesores y al personal del Seminario de San Patricio.

Gracias, Padre Pius Pietrzyk, O.P., por estar hoy con nosotros para representar al Rector y llamar a los candidatos a las Órdenes. (¡Y feliz día de fiesta hoy en la fiesta de Santo Domingo!). A todos los profesores, nuestros lectores Dr. Lilles y Dr. Turek, el Padre George Schultze: gracias por estar presentes hoy. Agradezco en particular al Padre George, ex-rector y

antiguo miembro del personal docente, que tuvo una influencia tan positiva en nuestros hombres sirviendo hoy y preparándose para la ordenación.

Conclusión

Es un día de gran acción de gracias. Sobre todo, les agradecemos a ustedes, nuestros hermanos, por su “sí” a Dios. Cumpliendo sus promesas de ordenación, ustedes darán prueba de ser sirvientes y amigos de Cristo y de su pueblo, entregando sus vidas por ellos en una entrega total de sí mismos, identificándose con su Señor, que es el Esposo de la Iglesia, y como Él, tomando a la Iglesia de él como su único amor para toda la vida.